

ESCENA XI

NINFA.

¡Ay, memorias enemigas,
que fuego habéis en el alma
revuelto; qué de mentiras,
qué de promesas y agravios,
qué de palabras fingidas!
¡Ay, Vireno! Fiero el mar,
cuyas mudanzas imitas
con ingratitudes tantas,
te dé sepulcro.

ESCENA XII

*Salen CARLOS y ROBERTO, desnudados las espadas, y
acosándolos ALEJANDRO, CÉSAR y otros BANDOLE-
ROS.—NINFA.*

CARLOS. Las vidas
hemos de vender muy bien;
que también pólvora espiran
y balas estos cañones,
y son de acero estas limpias
espadas.

ALEJAND. ¡Rendíos, villanos!
ROBERTO. ¡Mentís! y las obras sirvan
en lugar de las palabras,
bandoleros de mentira.

(Ahora salen todos.)

NINFA. Teneos; ¿qué es esto? Apartad;
no los ofendáis.

CARLOS. ¿No es Ninfa
ésta, Roberto?

ROBERTO. Señor:
ó es su imagen ó ella misma.

NINFA. ¿No es aqueste Carlos? ¡Cielos,
¿Es del alma fantasía?
¿Es sueño?

CÉSAR. Los tres están
suspensos.

CARLOS. ¡Notable dicha!
NINFA. Ven acá: ¿cómo te llamas?

CARLOS. Carlos.

NINFA. ¡El es!

CARLOS. ¿Qué te admira?

NINFA. Pienso que ha sido ilusión.

CARLOS. Y para mí el verte, Ninfa.
NINFA. No acierto á tomar venganza,
con estar de ti ofendida
y haber sido la fatal
ocasión de mis desdichas.
Por ti sólo, ingrato Carlos,
poniendo la sangre mía
en olvido y los agüelos
que mi nobleza acreditan,
soy pública bandolera
del cielo y suelo enemiga,
no perdonando, agraviada,
á ningún hombre la vida,
y hoy la tuya, ingrato guésped,
me pagará...

CARLOS. No prosigas,
que es tuya, Ninfa, y no es bien
que acabes tu vida misma.
A buscarte, cielo hermoso,
y á disculpar mi huída

vengo: márame si quieres,
como tú contenta vivas,
que yo sé que no podrás
sacarte del alma mía.

NINFA. ¡Ay sirenal! ¿Otra vez cantas?
Vuélvete al mar, no me rindas.

CARLOS. Por que entiendas, Ninfa hermosa,
de la suerte que te estima
el alma, hablarte verdad,
amor y sangre me obligan.
El Duque soy de Calabria,
casado por mi desdicha
con Diana la Duquesa,
del Rey de Nápoles hija.
¡Qué dices!

NINFA. Esto que escuchas.

CARLOS. No me vengas con mentiras.

NINFA. Esta fué ocasión, señora,
para dejarte ofendida,
que amor, antes de obligado,
imposibles facilita.

CARLOS. Sirvió de nube la nave
que iba entonces á Mesina
para encubrirte quién era
si los pasos me seguías.

NINFA. Pensé vivir sin tus ojos,
y es imposible que viva,
y vuelvo loco á buscarlos.
Amor fué, no fué malicia;

ALEJAND. cuando llegué á ese repecho
que el camino determina
de Nápoles á Calabria,
desnudando las cuchillas
y calando las pistolas
con gallarda bazarria
estos soldados diciendo:

CARLOS. «Detente» al paso salian.
Matáronme el postillón
antes de dejar la silla,
y por no morir tendido,
con villana cobardía,
de las postas á la tierra
salté, haciendo que me sigan
con Roberto dos criados
que en mi servicio venían.

NINFA. A la primer rociada
mueren los dos, y á la vista
poniéndonos las pistolas
de las nuestras no vencidas,
temerosos hasta el puesto
en que estamos nos retiran,
donde, como por milagro,
las hermosas maravillas
de tus ojos nos dan puerto,
nos dan gloria, nos dan vida;
que puesto que entre la gente
vulgar, escuchado había
esta novedad, jamás
la di crédito.

CÉSAR. ¿Qué miras?
ALEJAND. Loco estoy, César, ¿qué quieres?
muero de celos y envidia.
¡Vive Dios, que favorece
en extremo á solas Ninfa
á este cobarde, á este ingrato!

CARLOS. ¿Eso en mujeres te admira,
y más en ésta, Alejandro?

CARLOS. Mi bien, traza determina
tu gusto.

NINFA. Mata á Diana.

ROBERTO. Sentencia es definitiva;
si yo apelare por ella
á nueva chancillería
mil y quinientos me peguen
con un cable en la barriga:
tanto puede en qualquier pecho
un agravio.

CARLOS. Si mil vidas
tuviera, mil le quitara.

NINFA. Duque de Calabria, mira
que me has dado la palabra,
y si desta fe te olvidas,
Troya volveré á Cosencia,
hasta mirar sus cenizas.

CARLOS. Esta palabra te doy,
y mano desde este día
de esposo.

NINFA. Tuya soy, Carlos.

ALEJAND. Celoso estoy, ¡muera Ninfa!
pues sirvo al Rey y á mis celos.
(Encara el arcabuz contra Ninfa y no
da fuego.)

NINFA. Cayóseme, ¡qué desdicha!

ALEJAND. ¿Qué es esto? ¡Villano!
detente.

CARLOS. ¡Qué alevosía!

NINFA. ¿Qué te obliga á darme muerte?

ALEJAND. ¡Señora!

NINFA. Habla.

ALEJAND. Codicia
de tu talla y celos; dame
muerte, que es bien merecida.

NINFA. Yo te perdono; levanta,
que aunque las causas pedian
castigo, más es tu infamia,
y hoy he de hacer de las vidas
merced á cuantos pudiere,
de mi ventura en albricias,
y vete, porque un traidor
no es segura compañía.

CARLOS. César se vaya con él,
pues los secretos se fian
y son amigos tan grandes.

ALEJAND. ¡Señora!

CÉSAR. ¿Qué me replicas?

NINFA. Este es mi gusto y es justo.

CÉSAR. Obedecerte es justicia.

NINFA. Vamos, Alejandro.

ALEJAND. César,

celoso voy y sin vida.

(Vanse los dos.—Suena dentro ruido de
cajas.)

NINFA. ¡Hola! ¿Qué cajas son éstas?

ESCENA XIII

*Salen HORACIO y POMPEYO.—DICHOS, MENOS ALEJANDRO
y CÉSAR.*

POMPEYO. En nuestra demanda, Ninfa,
se ha descubierto en el campo
un tercio de infantería.

NINFA. Diligencias son del Rey.

CARLOS. Escapar te determina

conmigo, pues tengo postas
que á los vientos desafían
mientras esta furia pasa,
ya que segura la vida
en ninguna parte tienes.

NINFA. Vamos, que tuya es la mía,
y sálvese quien pudiere.

CARLOS. Las postas, Roberto, aprisa.

ROBERTO. Mas ¿que ha de haber de nosotros
libros de caballería? (Vanse.)

ESCENA XIV

HORACIO y ADRIANO.

HORACIO. Aguarda, enemiga, aguarda.

¿Dónde vas, ingrata Ninfa?

Tras un centauro que ya

al viento en el curso imita.

¿Tan presto nos desamparas?

¿Cuando es menester te eclipsas (1),

sol escaso de Noruega?

Amigos, muera, seguilla,

y ese Paris de Calabria

muera con ella en la misma

Troya que con su belleza

su amor soberbio fabrica.

¡Muera Ninfa! Ea, soldados,

pues se ausenta y nos olvida.

¡Muera Ninfa!

(Vase Horacio y el compañero, metiendo
mano á las espadas, y dicen dentro.)

Todos. ¡Ninfa muera,

y el Rey de Nápoles viva!

ESCENA XV (2)

Sale NINFA sola, como que se ha perdido en el monte.

Bien te llaman, ¡oh, noche! imagen muda

de temor y la muerte, pues con tantos

ojos apenas ves tus sombras negras,

y siempre lloras y jamás te alegras.

A Carlos he perdido en este monte,

y cansado el caballo dió conmigo

en este laberinto de jarales,

sin estribos ni riendas, ¡bravo paso.

pienso que encuentro un monte á cada paso.

¿Qué haré, que estoy confusa? ¿Iré adelante?

¡Ah, Carlos, Carlos! Nadie me responde;

sólo el silencio el eco ha interrumpido,

que entre estas hojas respondió dormido.

Rendida estoy, quiero pasar la noche,

á quien muy corto término da el día

al parecer, sobre esta verde grama,

pues no hay para quien quiere mejor cama.

Sueño, ocupad un poco los sentidos

poniendo un rato á mis recelos tregua,

hasta que pase la tiniebla oscura,

que poco á un desdichado el bien le dura.

(1) Falta en el impreso éste y los nueve versos que
siguen.

(2) Esta escena es algo diferente y más corta en el
impreso. Las variantes, aunque muchas, no son de
importancia ni mejoran el texto.

Llegue el día que aguardo, llegue el día,
y en los brazos que adoro, regalada,
descanse el afligido pensamiento.

¡Carlos, Carlos! mas ¡ay, que abrazo el viento!
(Echase á dormir, y dice entre sueños.)

¡Ay, gloria del amor, poco segura,
qué poco á un desdichado el bien le dura!
Si no me engaño, pienso que amanece,
y suena gente y música: ¿qué es esto?
Ceñidos vienen de diversas flores,
aunque no me parecen labradores.

(Salen los Labradores, tres Bailadores y van cayendo en el pozo, como lo dice Ninfa, al son de folías o villano.)

Alrededor de un pozo, que está en medio
de aquellas verdes hayas, que ya el día
distintas muestra ya todas las cosas,
se ponen á bailar ¡extraño caso!
cerca de un pozo, habiendo campo raso.
Uno de los más mozos que bailaban
cayó en el pozo, y los demás suspensos
se han quedado mirándole, y ahora
vuelven al baile y al primer estado
olvidados de aquello que ha pasado.
Otro ha caído agora, y se suspende
el que ha quedado, cual la vez primera;
ya éste vuelve á bailar; no los entiendo,
en lo que paran contemplar pretendo.
El último ha caído, y yo presumo
que debe de ser burla, y que es el pozo
fingido al parecer; llegarme quiero
y ver si dentro están, como han caído,
todos los que bailaban de esta suerte.

ESCENA XVI

Asómase por el pozo y aparécese la MUERTE.

LA MUERTE.

¿Qué buscas en el pozo de la muerte?

NINFA.

¡Válgame el Ciel! ¿Es sombra del abismo,
ó es sueño? No; que esta medrosa imagen
con mis ojos he visto. En esta selva
debe de estar mi muerte y mi desdicha.
El cielo me persigue, y no sin causa
en ella me he perdido. Grandes culpas
cometí contra el cielo, pues que tengo
á cargo tantas vidas, tantos robos.
Todo es sombras y miedos cuanto miro;
no me puedo salvar, ya está cerrado
de mi sentencia el último proceso;
amigos y enemigos me persiguen,
cielo y tierra: ¿qué haré, que ya no puedo
en cuanto mira el sol estar segura?
Desde aquí se ve el mar; este peñasco
triste teatro de mi muerte sea,
de tantos enemigos ofendida,
porque ninguno triunfe de mi vida.

ESCENA XVII

Va á arroñarse y sale un ANGEL y detiénela.

ANGEL. Ninfa, no te desesperes,
que no has de serlo del mar,

que más hermoso lugar
te han dedicado.

NINFA. ¿Quién eres?

ANGEL. Un amigo, el más amigo
que en tus sucesos tuviste;
que desde que tú naciste
ha andado siempre contigo.

NINFA. No te conozco.

ANGEL. Después,
Ninfa, me conocerás,
y si me sigues, tendrás
bien de mayor interés.

NINFA. Ya seguirte no recelo;

ANGEL. llévame á cualquier lugar.
Deja el ser ninfa del mar
que has de ser ninfa del cielo.

JORNADA TERCERA

ESCENA PRIMERA

NINFA sola.

Humanos desengaños,
hacedme solamente compañía,
y vosotros, engaños
del mundo, allá os quedad desde este
basta lo que dormidos ^[día]
á la verdad tuvistes mis sentidos.
Como culebra quiero
para otra nueva vida renovarme,
donde clemencia espero,
si acierto de una vez á desnudarme
del hábito que ha hecho
la vil costumbre de mi ingrato pecho.

(Vase quitando las armas, el ristre y bonete, y valos colgando de las ramas, de algún clavo á propósito.)

Quedad por estos pobos,
bárbaros instrumentos de la muerte,
de insultos y de robos,
que con el dueño de la misma suerte
merecistes castigo
á no tener el cielo por amigo;
á cuya hermosa cara (1)
los vergonzosos ojos alzo apenas,
viendo que, aunque me ampara,
tantas ofensas de crueldades llenas
contra él he cometido,
á quien piedad de tantas culpas pido.
Volad, plumas, al viento,
galas del loco abril de mis antojos,
y las del pensamiento
sirvan para traer agua á mis ojos;
y queden los cabellos
para esconderse mi vergüenza en
Monte, en lo más espeso ^[ellos]
de tus obscuras lóbregas moradas,
á un güésped nuevo, á un preso
recibe entre las ramas intrincadas

(1) Faltan éste y los cinco versos siguientes en el impreso.

del laberinto tuyo,
que en ti, á Dios me presento y resti-
Perdóname, entretanto ^[tuyo (1)]
que tu soledad santa reverencio,
si violare con llanto
y debidos suspiros tu silencio.

CARLOS. *(Dentro.)* ¡Ninfa, Ninfa!
NINFA. Ya es tarde.
Del mundo, Carlos, huyo; Dios te
[guarde.
(Vase.)

ESCENA II

Salen CARLOS y ROBERTO.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa!
ROBERTO. ¿Dónde vas,
siguiendo, Carlos, el viento?
¿No miras que es por demás
aunque así á tu pensamiento
alas sin provecho das?
¿De qué sirve ninfearte
por la tierra y por la mar,
si te la ha escondido el cielo
ó se la ha tragado el suelo
y no te la quiere dar?
Toda una noche y un día
hemos andado tras ella
llamándola.

CARLOS. ¡Ninfa mía!

ROBERTO. ¿dónde estás?
Culpa tu estrella,
pues yendo en tu compañía
supiste tener tan poco
cuidado que...

CARLOS. Yo estoy loco;
Roberto: no me des más
pesares.

ROBERTO. ¿No me dirás
el fin, si no te provoco
á enojo también, adonde
vamos hechos caballeros
andantes? Carlos: responde.

CARLOS. Tras los hermosos luceros
de Ninfa.

ROBERTO. Si los esconde
el cielo para alumbrar
con ellos la tierra y dar
al sol rayos y arrebol,
Carlos, pídelos al sol,
que no los podrá negar,
que entre sus rayos dorados
por su resplandor divino
estarán aposentados.

CARLOS. ¡Ay, Roberto, que imagino
que están sin luz y eclipsados!

ROBERTO. ¿Qué quieres decir en eso?
Que no te entiendo, confieso.

(1) En el impreso, después de este verso, siguen estos otros:

«Arrugadas cortezas
sean mis colgaduras de damascos;
sirvanme tus malezas
platos de hierba en mesas de peñaseos,
y denme, entre esos troncos,
cama de campo tus silvestres troncos.»

CARLOS. Que Ninfa es muerta.
ROBERTO. Señor:
siempre recela el amor
el más dañoso suceso;
que el amor todo es recelos
en las sospechas y celos,
en la ausencia, en el desdén,
hasta que seguro el bien
corre al engaño los velos.
Roberto: espera.

CARLOS. ¿Qué dices?

ROBERTO. ¡Son antojos del deseo
de mis venturas felices
lo que en estas ramas veo!

ROBERTO. Serán hojas y raíces.

CARLOS. No es sino Ninfa, Roberto,
ó el deseo me ha engañado.

ROBERTO. Eso será lo más cierto.

CARLOS. ¿No es aquel ristre bordado
y aquel bonete cubierto
de plumas prendas dichas
de su beldad celestial?

ROBERTO. Hoy en tu centro reposas.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa!

ROBERTO. Al viento igual
exceder sus plantas osas,
que debe de huir de ti,
pues no responde á las voces
que le has dado desde aquí.

CARLOS. Mal un amante conoces.—
Mi bien, aguarda; ¡ay de mí!
Como sombra me has burlado
cuando te toqué engañado.

ROBERTO. Como delincuente ha sido
que de tus manos ha huído
y la capa te ha dejado,
porque hacerte toro á ti
fuera la comparación
más pesada.

CARLOS. Estoy sin mí;
ciertas mis sospechas son.

ROBERTO. ¿Cómo?

CARLOS. A Ninfa han muerto aquí,
ó la está despeizando
alguna fiera; yo voy
pasos por su sangre dando.

ROBERTO. A Piramo y Tisbe estoy
en Ninfa y en ti mirando.

CARLOS. Su misma muerte has de ver.
Arboles que habéis de ser
de mi desdicha testigos,
á un triste mudos amigos
si amigos puede tener;
peñas duras, troncos huecos,
cuevas lóbregas, sombrías,
monte oscuro, prados secos
á quien da lenguas tardías
el aire de vuestros ecos;
escasas y turbias fuentes,
arroyos que sois serpientes
desta cumbre despeñados,
primero hielos atados,
ya desatadas corrientes;
así todos os veáis
con lo que más deseáis
por la generosa mano
del sol rubio y del verano,

que de Ninfa me digáis adónde está Ninfa, ¿adónde? ¿Dióle muerte alguna fiera? Nadie á mis voces responde.

ROBERTO. Aguarda, señor, espera, y á quien eres corresponde.

CARLOS. Déjame morir, Roberto; sepulten mi cuerpo frío las grutas deste desierto; de Ninfa soy, no soy mío, sin ella mi fin es cierto. Prendas queridas y halladas por mi mal, de vuestro dueño dadme nuevas regaladas, porque me parecen sueño todas las glorias pasadas. ¿Dónde está Ninfa?

ROBERTO. Señor: ¿cómo te han de responder?

CARLOS. Alma les dará mi amor; pero Ninfa no es mujer, aunque nació en Valdeflor, para que pueda morir. Viva está, yo he de seguir mis suspiros y alcanzalla, y en las estrellas buscalla cuando de mí quiera huir.

ROBERTO. ¡Quién tal de tu amor creyera!

CARLOS. Mi bien, aguardame, espera, que si al cielo te has subido alas al amor le pido.

ROBERTO. ¡Linda está la ventoleral Amadís y Galaor andamos hechos de amor sin que la dicha nos sobre, hasta que en la Peña Pobre estés penando, señor.

CARLOS. Roberto: amor lo concierta; á Ninfa en tierra ó en mar he de buscar viva ó muerta.

ROBERTO. Comiéntala á vocear.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa!

ROBERTO. A esotra puerta. (Vanse.)

ESCENA III (1)

Sale NINFA sola.

No hay cosa, Señor, que pueda estorbarme que con tanta diligencia os busque y siga, que vos propio me dáis alas, y como de amor me habéis herido, Señor, el alma,

(1) Antes de esta escena hay en el impreso lo siguiente:

«Sale un LABRADOR.

LABRADOR. Si buscáis una mujer de hermosura celestial, diosa ó ninfa, al parecer, por este blanco arenal al aire intenta vencer. No sé qué lleva; parece cierva herida, según va,

herida y llena de fuego vengo, como cierva al agua. Ninfa soy ya de los ríos, y la cabeza bañada de la espuma saco á tierra cortando las líneas plata. Aquí ha de estar mi remedio, conforme la soberana voz del cielo me dió aviso que por su Ninfa me aguarda. La noche obscura se cierra y las estrellas más claras de negras nubes reboza y tempestad amenaza.

y ansiosa el agua apetece deste río, donde ya el nevado pecho ofrece. Ya dejó la blanca arena y entre la nevada espuma parece ahora sirena con quien no es bien que presuma ser hermosa la que suena en el mar napolitano despeñada y enriquece el campo de cristal cano.

CARLOS. Roberto: á Ninfa parece.

ROBERTO. Darle voces será en vano, que no nos podrá escuchar.

CARLOS. Lleguémonos á la orilla donde las podamos dar.

ROBERTO. La noche podrá encubrilla, que ya comienza á bajar; ya no se ve.

CARLOS. ¿Qué ocasión puede movella, Roberto?

ROBERTO. No sé.

CARLOS. ¡Extraña confusión!

ROBERTO. El querella es lo más cierto; que esta es propia condición, Carlos, de toda mujer á quien más amor obliga.

CARLOS. Roberto: ¿no puede ser que, enamorada, me siga, y que llegase á entender que fué por darme ocasión para dejalla, y que así huyo de la obligación? Sigueme.

ROBERTO. Ya voy tras ti.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa! (Vase.)

LABRADOR. Locos son. Ni al hombre ni á la mujer entiendo que podrá ser. Ahora se han arrojado al río y pasan á nado entrambos, al parecer; pero no es muy seguro el paso. Voíme, que la noche empieza, con mis cabras paso á paso.

(Dicen dentro Carlos y Roberto.)

CARLOS. ¿Vienes?

ROBERTO. San Juan de cabeza.

CARLOS. ¡Ninfa, Ninfa!

LABRADOR. ¡Extraño caso! (Vase, y sale Ninfa de pobre.)

Ya con agua y con granizo los lóbregos senos rasgan, y al soplo del viento gimen sacudidas estas ramas, y contra mí, al parecer, agora con justa causa se conjuran noche y nubes, vientos, peñascos y plantas. Pero allí, entre aquellas peñas, diviso una luz; sin falta la cueva debe de ser de Anselmo, cuyas hazañas heroicas pregonan el cielo. Esta es la dichosa entrada y esta es la puerta. ¿Qué bien á esta pobreza se iguala? ¿qué corte á esta soledad? á este palacio, ¿qué alcázar? á esta humildad, ¿qué grandeza? ¿qué ventura á dicha tanta? Quiero llamar, aunque rompa de su tranquila bonanza las treguas. ¡Anselmo, Anselmo! ¡Anselmo, Anselmo!

ANSELMO. (Dentro.) ¿Quién llama?

NINFA. Una mujer que el rigor de las nubes besa y baña con lágrimas tus umbrales. Abreme, Anselmo, levanta.

ANSELMO. Perdona, mujer, que yo no puedo abrir; pasa, pasa delante y déjame solo en mi quietud, que no faltan adónde ampararte cuevas.

NINFA. Tu persona es necesaria, Anselmo, para mí agora, que he venido en tu demanda; mira que me envía el cielo.

ESCENA IV

Sale ANSELMO, ermitaño, muy viejo y vestido de palmas, con linterna.

ANSELMO. ¿Quién eres?

NINFA. Soy una esclava del demonio, una mujer la mayor y la más mala (1) pecadora que ha tenido la tierra entre todas cuantas ha sustentado y sustenta. Soy, al fin, Ninfa.

ANSELMO. Levanta, ya te conozco; ¿qué quieres?

NINFA. Anselmo, echada á tus plantas vengo á confesar mis culpas y á que me limpies el alma, que por la mano piadosa de Dios, Anselmo, guiada, á nado pasé este río, adonde supe que estabas. Dame, Anselmo, la más fiera, la más dura, la más rara penitencia que mujer

(1) «La peor y la más flaca», en el impreso.

haya hecho en carne humana: que he ofendido mucho al cielo.

ANSELMO. Esa contrición bastaba para infinidad de culpas. Levanta, Ninfa, levanta, y pluguiera á Dios que yo en cuarenta años que pasan que ha que vivo en esta cueva vestido de secas palmas, siendo hierbas mi sustento y dos peñascos por cama, hubiera medrado, Ninfa, en la conciencia, en el alma, tanto como tú en un día no más.

NINFA. ¡Qué humildad tan santal!

ANSELMO. Entra en esta cueva, adonde jamás entró humana planta después que yo vivo en ella sino tú agora, y aguarda del cielo largas mercedes, que la mano soberana de Dios quiere hacerte Ninfa del cielo.

NINFA. En las penas largas del infierno mis delitos, Anselmo, apenas se pagan: (Vanse.)

ESCENA V

Salen CARLOS y ROBERTO mojados, que han pasado á nado.

CARLOS. Ya piso tierra, Roberto.

ROBERTO. ¡Lindamente, Carlos, nada!

CARLOS. Gracias á Dios que la arena toco, á pesar de las aguas. (Sale Roberto como nadando en seco.)

ROBERTO. Aún estoy yo todavía en el golfo.

CARLOS. Pára, pára, que va estás nadando en seco.

ROBERTO. ¡Hablara para mañanal Nunca más burlas con ríos, que tienen bellacas armas; nade un delfín que lo entiende, hijo y vecino del agua, que de aquí adelante soy, si el demonio no me engaña, de parte de los mosquitos que en pipas de vino nadan. ¡Buenos estamos, por Dios! Pasados destotra banda por el agua como huevos. ¡Oh! cinco veces mal haya quien sirve á loco señor; quien tras vanos cascós anda, hecho fantasma en la tierra y hecho labanco en el agual. Pues la noche nos ayuda, agua, Dios, hasta mañana, agua abajo, y agua arriba, ella es famosa empanada. Tiempo pato, tiempo sopa, tiempo hongo, tiempo rana, tiempo muela de barbero,

tiempo arroz, tiempo linaza (1):
¿en qué ha de parar aquesto?
¿Soy garbanzo, soy patata,
soy abadejo, soy berro?
¿Qué me quieres?

CARLOS. Ninfa, aguarda.
¿Adónde estás, dónde huyes?
Roberto.

ROBERTO. ¿Qué es lo que mandas?
CARLOS. ¿Divisas á Ninfa?
ROBERTO. ¡Bueno!
¡la pregunta está extremada!
Pues no sé si estás ahí
sino sólo cuando hablas,
¿y dices si la diviso?
¡Famosamente despachas
mis servicios!

CARLOS. Pues, Roberto,
vamos los dos á buscalla.

ROBERTO. Estoy aguado, no puedo
y á un rocín, sin tener alma,
cuando lo está, no le corren,
ó de corrido descansa,
aunque si ya los criados
plaza de rocines pasan,
ya he cerrado en tu servicio;
viejo estoy, échame albarda,
ponme á una noria, que suelen
al caballo de más fama
cuando ya no es de provecho,
en las más prósperas casas
dar este pago los dueños
y las dueñas ó las amas,
y más si sabe estas cosas
la Duquesa de Calabria.

CARLOS. No hay Calabria ni hay Duquesa;
sola Ninfa es la que manda
dentro del alma, Roberto.

ROBERTO. ¡Nunca yo á vella llegara,
nunca yo la conociera!

CARLOS. La más lóbrega y extraña
noche es que he visto.
(Suena dentro ruido de cadenas arrastrando.)

ROBERTO. ¿No escuchas,
si no es que el miedo lo causa,
Carlos, un son de cadenas?

CARLOS. Los sentidos acobarda.

ROBERTO. ¿Nosotros, señor, habremos
venido á parte que vayan
nuestros nombres solamente
á Cosencia?

CARLOS. ¡Cosa rara!

ROBERTO. En este desierto debe
de andar penando alguna alma
de las que ha sacado Ninfa
con la pistola ó la espada (2),
sino es acaso la suya,
que á la violencia del agua
rindió la tirana vida
que ha sido...

CARLOS. Roberto, calla,

(1) Estos cuatro versos faltan en el impreso.

(2) Este verso y los diez y siete que le siguen no constan en el impreso.

que la belleza de Ninfa
es inmortal, y no basta
la muerte á vencella.
(Suena ruido.)

ROBERTO. ¿Escuchas?
Ya se acerca la fantasma.

CARLOS. No temo nada, Roberto.

ROBERTO. Ya sé, y mucho más batalla
con estómagos de viento,
que pasan las estocadas
por el aire y queda un hombre
en brazos de una tarasca
que le hace harina los güesos,
sin mirar, ni tocar nada.
(Suena ruido.)

CARLOS. De veras va esto: se acerca.
No temas, que la mañana,
desmentidora de sombras
de la noche oscura helada,
abre las puertas al sol
y reciben las montañas
en fuentes de Peña viva
racimos de oro y de nácar,
y no hay temor que amedrente
cuando á la tierra acompañan
los rayos del sol.

ROBERTO. Agora
entre aquellas peñas pardas
parece que un mostro viene
andando hacia acá y á rastra,
una cadena por tierra.
¡Pesada, espantosa carga:
notablemente me asombra!

CARLOS. No es mostro, cosa es humana
que con el largo cabelló
lleva cubierta la cara
y el cuerpo de pardas pieles.
¡Prodigiosa vista!

ROBERTO. Espanta.

CARLOS. Una calavera lleva
en la mano izquierda y rasga
con la derecha y con una
piedra el pecho.

ROBERTO. Ella es extraña
penitencia.
*(Sale Ninfa como se ha dicho por una
puerta y éntrase por otra.)*

CARLOS. Ya se vuelve
huyendo, que al viento iguala
como nos ha visto.

ROBERTO. Pienso
que es mujer.

CARLOS. Y no te engañas.
El alma me da, Roberto,
que es Ninfa, y me lleva el alma.

ROBERTO. ¿Ninfa vestida de pieles (1)
con cadena y con la amarga
de la muerte imagen fea,
rompiendo la no tocada
nieve de su pecho? Es sueño,
es burla.

CARLOS. Mujer, aguarda,

(1) No aparecen éste y los cuatro versos siguientes en el impreso.

ESCENA VIII

Sale ROBERTO y CARLOS.

CARLOS. Sombra debió de ser, Roberto, aquélla,
que el viento la llevó.

ROBERTO. Los que han perdido
todo es antojos cuanto ven. Concluye
imaginando que perdiste á Ninfa
y que si bien te quiere ha de buscarte,
y que si no, que es imposible cosa,
aunque corras la tierra en busca suya,
ni aunque surques el mar á vela y remo,
que la mujer olvida con extremo.
Advierte que eres Duque de Calabria,
que tienes por mujer tan gran señora,
que lo menos que tiene es ser legítima
hija de un Rey de Nápoles, y mira
no te castigue el cielo.

CARLOS. Como cuerdo,
Roberto, me aconsejas; yo estoy loco.
Dar vuelta procuremos á Cosencia

ROBERTO. Hace como quien es vuestra eselencia.

NINFA *(Dentro da voces.)*
¡Que me ahogo! ¡Socorro!

CARLOS. Voces suenan.

ROBERTO. Serán de ganaderos.

NINFA. ¡Que me ahogo!

CARLOS. Voces son de mujer; guía, Roberto,
á la puente.

ROBERTO. ¡Notable desconcierto! *(Vanse.)*

ESCENA VI

Sale NINFA sola como antes de penitencia.

Si esta persecución, Señor, importa
para regalo mío, vengan muchas,
que siendo Vos mi amparo no las temo,
aunque me sigan con mayor extremo.
Anselmo, á cuyos pies mis culpas dije
y me dió la divina Eucaristía,
dándome esta cadena en penitencia,
que fué cilicio suyo y esta dura
peña con que mi pecho y mis entrañas
con la memoria de la muerte fiera
de acero duro las convierte en cera,
y aquestas pieles de animales fieros,
segunda vez pasar me manda el río
y que apartada dél en la otra banda
en la gruta más áspera procure
adelante llevar mi pensamiento,
porque vemos ejemplos cada día
del mal que causa nuestra compañía.
Barca parece que hay dentro del río
y el barquero ha saltado en tierra agora,
que con la lluvia de la noche oscura
soberbio raudal lleva, y la creciente
es imposible que pasalla intente,
menos que en puente ó barca, y quizá el cielo
por esta parte me encamina.

ESCENA VII

Sale un BARQUERO.—NINFA.

BARQUERO. ¿Quieres
pasar, mujer, el río?

NINFA. Sí, quisiera,
que me importa pisar la otra ribera.

BARQUERO. Entra en la barca, pues.

NINFA. No tengo cosa
que darte.

BARQUERO. Eso no importa, si eres pobre.
Vamos, camina aprisa.

NINFA. El bien te sobre. *(Vanse.)*

ESCENA IX

Sale el BARQUERO arrastrando á NINFA de los cabellos por el tablado.

NINFA. ¡Que me ahogo, piedad!

BARQUERO. No saldrás, Ninfa,
con lo que intentas esta vez, ni el cielo
ha de poder librarte, ni ese viejo
Anselmo, mi enemigo. ¡Muere, ingratal,
que el mismo á quien serviste ése te mata.
No has de lograr la penitencia ¡muere!
pues has sido mi esclava en mi servicio,
que no te has de alabar de la vitoria
del haberme dejado á tan buen tiempo.

ESCENA X

Sale el CUSTODIO.—DICHOS.

CUSTODIO.

Ya no es tu esclava, cese tu castigo;
Ninfa es del cielo: apártate enemigo.

BARQUERO.

¿Hasta aquí me persigues? ¿Qué me quieres?

CUSTODIO.

Quitarte á Ninfa.

BARQUERO.

Vesla ahí.

CUSTODIO.

Barquero

infernál, vete agora.

BARQUERO.

Yo me parto;

mas yo me vengaré.

CUSTODIO.

Vete, enemigo.

Sígueme, Ninfa.

NINFA.

Ya, mi bien, te sigo.

(Vanse.)

ESCENA XI

Sale la DUQUESA y todos los que puedan con ella
de casa.UNO. Aquí vueselencia puede,
si quisiere, descansar.DUQUESA. Ya no hay, Ortensio, lugar
para mi descanso; excede
la pena al mayor descanso,
el pesar al mayor gusto,
que puede mucho un disgusto.

ESCENA XII

Sale el PASTOR que salió al principio de la jornada.
DICHOS.

PASTOR. Tienes de pagarme el ganso.

DUQUESA. ¿Qué tiene ese labrador?

PASTOR. Señora, pues me ha escuchado:
un criado mal criado
tuyo entró por Valdefflor
cuando pasó por allí
agora su señoría,
con toda la fantasía
que en toda mi vida vi;
y al pasar della laguna
una pedrada tiró
á un ganso, y me le mató
sin helle cosa ninguna,
y no me quiere pagar
lo que vale.

DUQUESA. ¿Quién ha sido?

PASTOR. A fe, si hubiera querido
la señora del lugar
que estuviéramos mejorde lo que estamos tratados,
pues tien vasallos honrados.
DUQUESA. No os aflijáis, labrador.Hacelde dar lo que vale,
y vuélvanle luego el ganso.PASTOR. Díos le dé mucho descanso,
porque la presencia iguale
siempre á tan grande valor
como muesa aquese pecho.DUQUESA. Venid acá: ¿qué se ha hecho
Ninfa?PASTOR. Dejó á Valdefflor,
y por su bellaquería
ó poco recato, en fin,
la gozó un hombre roín
estando allá en su alquería,
y burlada la dejó;y ella, loca y agraviada,
por quedar déste vengada
bandolera se tornó;
hasta que enviando el Rey
un tercio de infantería,
su furia huyó en compañía
de un caballero sin ley
que dicen que era casado,
y aun hay quien ha dicho aquí
que era el Duque...

DUQUESA. Acaba, di.

PASTOR. De Calabria, y que le ha dado
la palabra de matar
á su mujer, que diz que es
una santa, y que los pies
no le merece el besar.
¿De qué lloráis?DUQUESA. Hame dado
compasión esa mujer.PASTOR. Otra tal encontré ayer
viniendo tras mi ganado
de esa montaña al pasar.
Sentíla que caminaba,
que atrás el viento dejaba
sin volver, hasta llegar
al río, donde se echó,
y un hombre que la seguía
con otro en su compañía
dándole voces, cortó
también el agua tras ella.

DUQUESA. ¿Cómo la llamaba?

PASTOR. El nombre
no le escuché bien.

DUQUESA. ¿Y el hombre?

PASTOR. Era de presencia bella
y que moviera á respeto
á cualquiera su persona.DUQUESA. A fuego y sangre pregona
en público y en secreto
la fortuna contra mi
guerra de celos cruel.
El Duque es éste, y si es él
ya el bien y la paz perdí;
porque, aunque son ilusiones
los celos imaginados,
cuando son averiguados
son ciencia sin opiniones.
Quiero averiguallos más.
¿Conoces á Ninfa?

PASTOR. No;

porque después que murió
su padre, nunca jamás
los de Valdefflor la vimos,
hasta que, siendo mayor,
por el campo á Valdefflor
trocó, aunque todos sentimos
el faltar de su lugar
en extremo.DUQUESA. ¿Esa mujer
que encontraste, puede ser
de ese modo?PASTOR. Que pensar
con aqueso me habéis dado;
porque huyendo del furor
del Rey, con tanto valor
puede ser se haya escapado
y yo no la conociese;
pero el galán, ¿quién sería,
que tan loco la seguía?

DUQUESA. Puede ser que el Duque fuese.

PASTOR. La presencia era, pardiez,
de Duque ó de gran señor.DUQUESA. Llevad este labrador,
que he de salir esta vez,
Ortensio, de mi sospecha.

PASTOR. ¿Dónde me quieren llevar?

DUQUESA. Guía hacia el mismo lugar
que dices.UNO. No te aprovecha
querer dar excusas ya.

DUQUESA. Llevad.

PASTOR. ¡Señora!

DUQUESA. El coche,

¡hola!

PASTOR. ¡Vine de allá anoche
y he de volver hoy allá!UNO. ¿Qué importa, pues interesa
paga, que mil leguas ande?
¿No basta que te lo mande
mi señora la Duquesa?

PASTOR. ¡Nunca yo pidiera el ganso! (1)

DUQUESA. ¿Qué me cuestras de desvelos,
Carlos!; mas ¿cuándo los celos
dieron al alma descanso?

(Vanse todos.)

ESCENA XIII

Sale NINFA sola.

Tente, aguarda, esposo amado;
¿cómo te vas y me dejas,
y de mis brazos te alejas?
¿Qué nuevo amor te ha llevado?
¿Tampoco estás satisfecho,
dejándome en triste calma
del que me enamora el alma
y del que me abrasa el pecho?
Dormida me habéis dejado
y os vais, Señor, ¿cómo es esto?
volvéd á casa tan presto;
¿me habéis, mi bien, olvidado?¡Ay, que me abraso, por vos! (1)
Volved, gloria de mi vida,
que estoy de amores perdida;
tomad el alma, mi Dios.
Volved, no me deis enojos,
porque, entretanto que voy
tras vos, mi bien, Ninfa soy
de las fuentes de mis ojos.
Arboles, fuentes y peñas,
al alma no le escondáis,
que porque de él me digáis,
yo os daré todas las señas.
Es á la parda avellana
semejante su cabello;
al blanco marfil, su cuello;
sus mejillas, á la grana;
su frente es nevada falda,
que de mil claveles rojos
termina, un valle; sus ojos
son dos soles de esmeralda;
corona las niñas bellas
de celajes carmesíes;
sus labios llueven rubíes;
sus dientes nievan estrellas.
¿Hay quién dél me diga, hay quién
me le enseñe? Peñas duras,
arboledas, fuentes puras,
decid: ¿dónde está mi bien?

ESCENA XIV

El CRISTO en la fuente.—NINFA.

CRISTO. ¡Ninfa!

NINFA. Señor, ¿dónde estáis?

CRISTO. Aquí en esta fuente estoy.

NINFA. Allá á ser Narciso voy,
si vos, Señor, me miráis.

CRISTO. Llega, llega.

NINFA. ¡Esposo mío,
mi bien, mi Señor, mi Dios!CRISTO. Presto, Ninfa, de los dos,
ya que en tu valor confío,
el desposorio verás;
confía aquesto de mí (2).
Presto partirás de aquí
y al sol belleza darás,
y para no ser ingrato
amante, lo que esté ausente,
Ninfa mía, en esta fuente
te dejaré mi retrato,
aunque es imposible estar
ausente de nada yo.

NINFA. ¡Mi bien, Señor!....

(Desaparece el Cristo.)

ESCENA XV

Asómase CARLOS en lo alto, encima de la misma
fuente.CARLOS. No igualó
al viento vela en el mar,
como tras Ninfa me lleva(1) Este y los tres versos que siguen faltan en el
impreso.(1) También esto y los tres que le siguen.
(2) En el impreso: «que á las vistas vengo así».

el pensamiento forzado
de mi enemigo cuidado
en demanda de su cueva;
que mudando el pensamiento
del amor que me tenía,
en estos montes porfía
ser prodigioso portento.
Y así tras sus pasos voy,
celoso y determinado,
que de ver que me ha olvidado
corrido en extremo estoy;
y aun rabio de vella así
de otro dueño enamorada.
Toda esta es peña tajada,
no puedo pasar de aquí.

NINFA. Mi bien, no os vais tan aprisa,
dadme un abrazo, Señor,
que quedo muerta de amor.

CARLOS. Aquella que se divisa
sobre aquella fuente agora
es Ninfa, si no me engaño.

NINFA. ¿Por la imagen de mi daño
truecas la que el alma adora?
Fuente, ¿qué es esto? ¡ay de mí!
pues donde el cielo me honró,
del perro que me mordió
el retrato miró en ti.

(Alza los ojos arriba y quiere huir.)
Allí está el original:
huir quiero.

CARLOS. ¡Extraña cosa!
Mi bien, aguarda, reposa.

NINFA. Causa de todo mi mal,
déjame.

CARLOS. Aguarda, ó si no
me despeñaré de aquí.

NINFA. Si se despeña de allí
vengo á ser la causa yo
de perderse un alma, y son
los peligros que recelo
extraños, si aguardo; ¡ay cielo!
¿qué haré en tanta confusión?

CARLOS. ¿Cómo es posible que olvidas
tanto amor y voluntad?

NINFA. Sigo, Carlos, la verdad
del cielo; el bien no me impidas.
Déjame, que ya no soy,
Carlos, la que conociste;
ya soy una sombra triste,
ya con otro dueño estoy.
Dios ha tenido de mí (1)
lástima, y me ha remediado,
y matrimonio he tratado
con El, Carlos, vuelve en ti;
que ya soy de Dios esposa,
y tuya no puedo ser;
vuélvete con tu mujer,
que es honesta y virtuosa.
Ya yo no estoy de provecho
para el mundo, que me tira
otro pensamiento; mira
hecho pedazos el pecho,
sangriento el cuerpo y llagado,

(1) Este y los diez y nueve versos que le siguen
faltan en el impreso.

porque con esta cadena
que arrastro por tierra en pena,
y prisión de mi pecado,
justamente le castigo
toda la noche y el día,
que ha sido del alma mía
mi más mortal enemigo.
Todas las cosas se acaban,
Carlos, y la edad ligera
lleva nuestra primavera
á la muerte y no se alaban
los homenajes apenas
que pudieron resistir
á los tiempos sin rendir
á la tierra sus almenas.
Carlos, tu vida gobierna
en lo mejor de tus años,
pues ves tantos desengaños,
que hay muerte y hay pena eterna.

(Vase.)

CARLOS. Venturosa penitente,
ya que esa causa te aleja
de mí, que te bese deja
las plantas. Ninfa, detente.

(Vase también.)

ESCENA XVI

La Duquesa, Roberto y toda la compañía con ellos.

ROBERTO. Señora: en esta ocasión
que debes tanto á Roberto,
siguiendo sin seso al Duque
como á tu cuidado pienso
injustas ó justas cosas
quien no obedece sirviendo
á su dueño, y más en éstas
que no han tenido remedio.
Para el suyo te ha traído,
sin duda, señora, el cielo,
porque en estos montes anda
sombra y engaños siguiendo.

DUQUESA. Aunque el Duque me aborrece,
Roberto, le adoro y quiero
más que á mí misma, y así
ansiosa á buscarle vengo.
La fama, que siempre ha sido
de todas nuevas correo,
me avisó de la jornada
del Duque y de su suceso.
Sin poderme resistir
partí de Cosencia luego,
encaminada á este bosque
de mi amor y de mis celos,
que con sola mi persona
reducir acá los pienso
sin darle á entender que han sido
causa mis rabiosos celos.
Pártete con la mitad
de mis criados, Roberto,
hasta que el Duque encontréis,
diciéndole cómo quedo
cazando en el bosque á causa
de haber venido á este puerto

en devota romería
á ver la ermita de Anselmo,
un varón santo que dicen
que vive en este desierto,
y me entretengo cazando
en tanto que á velle vuelvo,
encubriendo lo posible
que ha sido otra causa.

ROBERTO. Hoy veo
en ti un romano valor.

DUQUESA. Que he sabido que á lo mismo
se ha detenido, y que estoy
loca de gusto y contento.

ROBERTO. Vamos.

DUQUESA. Quizás pondré así
á mis desdichas remedio.

ROBERTO. Huélgome, porque salgamos
de ser amantes del yermo. (Vase.)

UNO. Puesto que de tus sospechas
hayas visto los efectos,
diviértete, si es posible,
que te matarán los celos.

OTRO. ¿Quieres que echemos un gamo
porque le mates?

UNO. Yo creo
que uno corta aquellas ramas
agora.

DUQUESA. Matalle quiero;
haré verdad el achaque
y con él lisonja al dueño
que adoro y huye de mí.

UNO. Tírale y pásale el pecho
con el venablo.

DUQUESA. Camilo:
rayo será de mis celos.

OTRO. Cayó en tierra.
(Tira el venablo la Duquesa y dice Ninfa dentro.)

NINFA. ¡Muerta soy!
DUQUESA. Voz humana fué.

NINFA. (Sale con el venablo atravesado.)
Ya el cielo

venganza de tantas vidas
ha tomado en mí, que en tiempo
ninguno puede faltar
la verdad de su evangelio:
quien á hierro mata es justo
que muera también á hierro.

DUQUESA. Llegad y mirar quién es.

NINFA. ¿Eres tú la que me has muerto?

DUQUESA. ¿Quién eres?

NINFA. Una mujer
que ha ofendido mucho al cielo
y que pago mis pecados
desta suerte.

DUQUESA. ¡Él es portento
prodigioso!

NINFA. Ya, señora,
que en las manos vuestras muero,
decid quién sois.

DUQUESA. La Duquesa
de Calabria, que entendiendo
que eras algún animal,
entre estas ramas he hecho
cosa que me pesa tanto.

NINFA. Justamente me habéis muerto,
porque os he ofendido mucho.

DUQUESA. ¿Quién eres?

NINFA. Un mostro fiero
de Calabria, un basilisco,
una víbora, un incendio.

DUQUESA. ¿Quién eres, mujer, al fin?

NINFA. Ninfa soy.

DUQUESA. ¡Válgame el cielo!
¿Tú eres Ninfa?

NINFA. Yo soy Ninfa,
que pago lo que te debo;
perdóname en este trance
las ofensas que te he hecho,
porque morir á tus manos
son soberanos secretos.

DUQUESA. Admirada estoy. ¿Qué hacías
de tal suerte?

NINFA. Estaba haciendo
penitencia de mis culpas.

ESCENA XVII

Salen CARLOS.—DICHOS.

CARLOS. ¡La Duquesa aquí! ¿Qué es esto?
¿Quién te ha muerto, Ninfa?

NINFA. Carlos:
no te alteres, que es del cielo
en mi predestinación
inexcusable rodeo.

Pensando que era animal
tu esposa misma me ha muerto,
que, para descanso mío,
es de mi muerte instrumento.

CARLOS. Déjame besar mil veces
esas heridas.

NINFA. Al cuerpo
no me toques; tente, Carlos.

CARLOS. Haré locuras y extremos.

NINFA. Carlos: lo que importa más
es buscar á Dios, que aquesto
es regalo para mí.

ESCENA XVIII

Aparece el CRISTO bajando en una peana,
y va subiendo NINFA en otra.

CRISTO. ¡Ninfa esposa!

NINFA. ¡Amado dueño!

CRISTO. Nuestras bodas se han llegado;
vestido de boda espero;
venid, hermosa paloma,
que ya ha pasado el invierno,
y en el inmortal Abril
las flores aparecieron.
Llegad á mis brazos, Ninfa,
y Ninfa sólo del cielo.

NINFA. Mi bien, mi gloria, mi esposo,
por vuestro costado quiero
entrarme en Vos.

CRISTO. Ya estáis, Ninfa
y querida esposa, dentro.

NINFA. Apretadme más los brazos,
mi bien, mi amor, mi remedio,
que en ellos...

CRISTO. Valor, esposa.
 NINFA. Mi espíritu os encomiendo.
(Ciérrase la cortina como se abrió.)
 CARLOS. ¡Oh, prodigio soberano!
 Altos son vuestros secretos,
 DUQUESA. Señor, notables favores
 á una mujer habéis hecho.
 CARLOS. Esto el cielo ha permitido,
 Diana, para bien nuestro.
 Perdonad, que yo daré
 de mi vida tal ejemplo
 que admire mi penitencia.

Llevemos el santo cuerpo
 para que dé admiración
 la santidad y el suceso.
 DUQUESA. Con la majestad debida
 y ostentación la llevemos
 para patrona.
 CARLOS. Y aquí
 da fin *La Ninfa del Cielo*,
 cuya prodigiosa vida,
 por caso admirable y nuevo,
 Ludovico Blosio escribe
 en sus morales ejemplos.

EL HONROSO ATREVIMIENTO

COMEDIA FAMOSA POR EL MAESTRO TIRSO DE MOLINA

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA (1)

LISAURO.	DOS EMBAJADORES (VENECIANOS).
CANDADO, gracioso	VERINO.
EL DUQUE DE FERRARA.	DIODORO.
HONORATO, viejo.	FULGENCIA, mujer de Lisauro.
EL DUX DE VENECIA.	EFIGENCIA, su hija.
MARCIO, gentilhombre.	DECIO.
LELIO, caballero.	JULIO.
FILIBERTO, caballero.	

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

*Salen LISAURO, como en su casa; HONORATO, viejo;
 DIODORO y VERINO, desenhainadas las espadas.*

LISAURO.

Cogido nos habéis de sobresalto,
 y del són que venís tanto me pesa
 cuanto me hallo de socorro falto.

HONORATO.

El peligro, Lisauro, nos da priesa;
 siguiendo me vendrán desde Rialto
 mis enemigos, que tendrán la presa
 por cierta, y su venganza por sin duda,
 si no nos dáis para huir ayuda.

LISAURO.

Acostados están todos en casa,
 y no os será seguro el despertarlos,
 ni mientras el furor que tenéis pasa
 de Venecia os podrán sacar caballos,
 porque en ella la tierra es tan escasa
 cuanto pródigo el mar por excusallos:

que es tan casero y manso aquí que fragua,
 cual veis, en vez de piedras, calles de agua.
 Mas, ¿qué ocasión la ha dado á que el consejo
 de vuestras canas no haya reprimido
 vuestro enojo, Honorato?

HONORATO.

Es en el viejo

la ira más cruel, cuando, atrevido
 el mozo á su respeto, que de espejo
 le ha de servir, se arroja: hame ofendido
 un mozo mercader; pero ¿qué importa
 ser hielo la vejez si el hielo corta?
 Averiguando cuentas Feliciano
 conmigo, porque aquesta señoría
 en Marte y en Mercurio cortesano
 funda la dicha de su monarquía,
 quiso, tras un mentís, alzar la mano;
 pero la mía, aunque caduca y fría,
 sacó la daga que en su pecho necio
 vengó su atrevimiento y mi desprecio.
 Acudieron sus deudos y parientes,
 y tomando por suya aquesta ofensa,
 sacaron armas, convocaron gentes,
 y la que vino fué, Lisauro, inmensa;
 mas Verino y Diodoro que, obedientes,
 dieron á mi valor nueva defensa
 y á su amor filial fama debida,

(1) Figuran además MARCELO, un CRIADO; LABRADORES y SOLDADOS.